



LA NACIÓN EN 16 CON 50

Fútbol y política en Colombia: reflexiones politológicas en un año mundialista

Football and politics in Colombia: politological reflections in a World Cup year

Andrés Dávila Ladrón de Guevara¹

Universidad Javeriana, Colombia

Resumen

El año 2014 será recordado como uno de los más especiales, satisfactorios y emocionantes en la historia del fútbol colombiano. La razón, sobra decirlo, es el meritorio desempeño del seleccionado nacional de hombres en categoría mayores en la Copa Mundial de Brasil. Este artículo podría, si así lo quisiera, constituirse en un recuento detallado de cómo se logró tal desempeño en lo futbolístico, haciendo énfasis en el equipo, la táctica, el cuerpo técnico, las individualidades. No obstante, y a la manera de un tejido que se nutre de distintos hilos, se desarrolla a partir de varias tesis o enunciados sobre lo sucedido y sus implicaciones sociales y políticas.

Palabras clave: *fútbol, Selección Colombia, Copa Brasil 2014, representaciones sociales*

Abstract

2014 will be remembered as one of the most special, satisfying, and exciting in the history of Colombian football. The reason, needless to say, is the meritorious performance of the national team of men at the World Cup in Brazil. This article could, if it wished, become a detailed account of how this performance was achieved in football, emphasizing the team, the tactics, the coaching staff, the individuals. However, as the manner of a fabric that draws from different threads, it is developed through several theses or statements about what happened and their social and political implications.

Keywords: football, Colombian national team, World Cup Brazil 2014, social representations.

Recibido: 18 de noviembre de 2014
Aceptado: 25 de diciembre de 2014

Primera tesis

No es la primera vez: como no sobra recordarlo, la historia cuenta

En 1990 la selección Colombia llegó al mundial de Italia con enormes expectativas y posibilidades. Además de conseguir resultados importantes, superó un reto aún más relevante: dar a conocer un fútbol bien jugado, agradable, llamativo, como llamativas eran las melenas y las pintas de aquellos jugadores. Y hacerlo pese

al entorno mafioso y muy cercano a los capos del narcotráfico que, inevitablemente, habían descubierto desde comienzos de la década el "poder del fútbol". Aquella vez el equipo superó, dramáticamente, la primera fase con aquel gol de Rincón a Alemania. Pasó por primera vez a octavos de final y allí perdió contra Camerún con dos goles de Roger Milla: el segundo, aprovechando el error de Luis Carlos Pera y René Higuita. La derrota, dolorosa y algo injusta, si nos atenemos al desarrollo del partido, no generó ni

¹ Universidad Javeriana, Colombia Politólogo, maestro y doctor en Ciencias Sociales. Actualmente dirige la Maestría en Estudios Políticos de la Universidad Javeriana y es profesor asociado. Coautor de *Colombiagol: de Pedernera a Maturana, grandes momentos del fútbol*, de "Fútbol y cultura nacional" y de "La nación bajo un uniforme: fútbol e identidad nacional en Colombia 1985-2000".

críticas destructivas ni rechazos excesivos². Igual que en 2014 primó la cordura, la comprensión y el reconocimiento. El equipo fue recibido cariñosamente por el público que se agolpó en la calle 26, sin el carácter masivo e impactante de lo sucedido en este 2014. La derrota se manejó con cordura y se recogieron las principales enseñanzas, aunque en lo inmediato se aceptó la renuncia del cuerpo técnico para dar cabida a la antítesis de lo conseguido. Empero, lo que se quería destacar es que aquella vez, al igual que en 2014, se construyó un imaginario positivo, constructivo, favorable sobre la selección y su significado para la sociedad colombiana. El entorno, sin duda, era complejo y violento, muy violento. Pese a los nexos, la selección significaba otra cosa, o al menos trataba de hacerlo. Y los medios seguían esa ruta³. El corolario enfatiza cómo, cuatro años después, la historia fue todo lo contrario. La pregunta es si, de entonces a hoy, la sociedad colombiana habrá hecho algún aprendizaje en relación con la forma de vivir el fútbol y, en particular, sobre el desempeño de su selección nacional: de ese que es el ícono de nuestra identidad nacional hoy. La pregunta está abierta y tiene que ver con la forma como vivimos los triunfos y las derrotas, o en un tono a la vez más banal y más profundo, cómo vivimos el fútbol. Y en términos de las ciencias sociales, de cómo la sociedad colombiana procesa hoy, parcialmente igual y parcialmente diferente,

2 Véase José Arteaga, "Bajando por la Escala de Milán" en José Arteaga, Andrés Dávila y Juan Gonzalo Zapata (compiladores), *Colombiagol: de Pedernera a Maturana, grandes momentos del fútbol*, Bogotá, LdeG-Cerec, 1991.

3 Para un trabajo al respecto véase mi artículo con Catalina Londoño, "La nación bajo un uniforme: fútbol e identidad nacional en Colombia 1985-2000", reimpresso en David Quitán, Efraín Serna, Guillermo Montoya y Jorge Villanueva, *Naciones en campo: Fútbol, identidades y nacionalismos en América Latina*, Bogotá, UNAD-Asciende-Instituto de Altos Estudios sobre Deporte, Cultura y Sociedad, 2014. Pero si queda alguna duda, revisen los titulares de prensa en página principal y en páginas deportivas en *El Tiempo* y *El Espectador*, también los editoriales y algunos de los columnistas. Tal vez la diferencia interesante se encuentra en dos aspectos: la columna que escribió por ese entonces Carlos Lemmos Simmonds a propósito de la mediocridad colombiana que se conforma con un empate con Alemania; y que, en aquel entonces, no todos los columnistas se sentían en la obligación o en la posibilidad de hablar de fútbol, de la selección, de la nación, de la sociedad en sus textos. Tenían algo más de pudor. Hoy, todos, editorialistas y todo tipo de columnistas, tal vez con la salvedad de Antonio Caballero que sigue elitistamente amando los toros y despreciando el fútbol, se volvieron impudicamente futboleros...

el hondo significado de la selección Colombia, del fútbol que por intermedio suyo se juega; por ahora, entonces y en medio de la senda del triunfo, la pregunta sigue abierta.

Segunda tesis

La alineación de los astros: entre futbologías y astrologías

Si ustedes quieren, está segunda tesis podría referirse a la conformación del seleccionado nacional en sus distintas participaciones en los mundiales. Y podría darse una discusión futbolística, contemplando las sesudas opiniones de Carlos Antonio Vélez e Iván Mejía Álvarez, los verdaderos gurús en la materia, acerca de cuál de todos era más equipo y tenía mejores individualidades. Las nuevas generaciones, que no vieron las anteriores, se inclinarán por la de hoy. Los que vimos las anteriores tendremos opiniones diferentes. Pero bueno, la discusión al respecto puede durar hasta el próximo mundial y habrá un hecho relevante y aparentemente incontestable: la que más lejos llegó, hasta ahora cuando esto se escribe, fue la de 2014. Además, lo hizo y con un juego que no nos cansaremos de disfrutar. Pero en verdad, a lo que quiero referirme es a la particular alineación de los astros en este 2014, con sus semejanzas en 1990 y 1962, guardando las diferencias; pero con claras distancias con respecto a lo sucedido, especialmente en 1994. La alineación de los astros en esta ocasión arranca con lo sucedido al Bolillo Gómez y luego a Leonel Álvarez. Ello permitió dar cabida a la decisión de contratar un técnico extranjero y aceptar sus condiciones. En 1987 pasó algo semejante, precedido un par de años antes por hechos como las derrotas del América en las finales de la Copa Libertadores y las apuestas de entonces por el equipo de los puros criollos en Nacional y la decisión de que el técnico de un equipo fuese, simultáneamente, el técnico de la selección, y su equipo, la base del combinado patrio. Hoy, por ejemplo, eso parecería imposible de aceptar y no coincidiría con una buena decisión. El proceso de alineación de los astros continúa con el desempeño en la eliminatoria y la consecución de la clasificación que, por sus características, permite mantener un proceso con muy pocas

oposiciones y cuestionamientos (así fue en 1989) y se extiende en la preparación y aislamiento del equipo en y durante el torneo. Pero el fútbol es el fútbol y cuando el balón no quiere entrar no quiere entrar. Y esto no sucedió a lo largo del torneo. El balón siempre quiso entrar y los partidos se ganaron con suficiencia y claridad. Y cuando el equipo afrontó dificultades contra Brasil, se vio una actitud que ya se había puesto a prueba en algunos partidos de la eliminatoria. Pero como dirían los comentaristas, el equipo estaba derecho... No obstante, en este 2014 los astros van mucho más allá del desempeño en el mundial. Por el lado del deporte, está el triunfo del ciclismo con Nairo Quintana y Rigoberto Urán en el Giro de Italia y la confirmación de Mariana Pajón en el mundial de BMX a los pocos días del exitoso mundial, mientras Katherine Ibargüen no deja dudas de su superioridad en el salto triple y Yuri Alvear en judo obtuvo buenos resultados.

Si hasta Montoya, Villegas y los tenistas, en lo más excelso de los deportes de la élite, obtienen alguno que otro desempeño destacado. Pero con el paso de pocas semanas en el ciclismo los astros ya se desalinearon. Y en el mismo fútbol la alineación se dio con el proceso que por primera vez lideró el Ministerio del Interior para construir una política pública en la materia que, con seguridad, casi todos la desconocen. Y si ustedes quieren, con algo de legitimidad, el gobierno Santos cobró sus respaldos, sus señales, su cercanía al tema: el primer triunfo de la selección contra Grecia jugó sin duda a favor de unas elecciones en paz y con los resultados que finalmente se dieron. Pero el presidente ha querido continuar y ya en ocasiones uno no sabe si quien habla es el presidente, el director de Coldeportes o el asistente técnico de Pékerman. Hasta hoy, en el fútbol de selecciones, los astros siguen alineados: miren no más a las chicas (ya no tan chicas) *superpoderosas*. Hoy parecen capaces de ganarle hasta a Brasil. Pero cualquier astrólogo les diría que los astros no se mantienen alineados indefinidamente. Allí, de nuevo, veremos qué tanto aprendió la sociedad colombiana de los noventa a hoy. Y hay señales confusas en este develar del tarot futbolero. No es fácil saber si se ha aprendido a celebrar, aunque comparativamente hay

avances innegables. Se aprendió, en cambio, a no excederse en ilusiones y a agradecer y valorar lo conseguido (en los noventa hubo mucho de esto). Y se reaprendió, fue muy interesante, a querer de nuevo a la selección. En todos los estratos, en todas las edades, en todos los géneros, en todas las profesiones. Sobran los ejemplos, piénsenlo un poco y lo verán. Bien conducido, ello puede ayudar a superar constructivamente los momentos en que los astros no estén alineados⁴.

Tercera tesis

El equipo, el equipo, el equipo: de lo colectivo como fuente de potenciación de las individualidades

En esta época de individualismos y egos y oligarquías que se cierran sobre sí mismas como si no estuviéramos en el siglo XXI⁵, la selección tal y como fue manejada por el cuerpo técnico dirigido por Pékerman se constituyó en un referente muy interesante y ejemplar de cómo hacer bien las cosas. Desde todos los ángulos, nacionales e internacionales (que por cierto tienen un peso relativo increíblemente grande sobre la opinión que nos formamos de lo que somos en ciertos ámbitos, como el deportivo o el artístico o el cultural, e increíblemente bajo en ámbitos como el conflicto, la desigualdad, la democracia), deportivos y políticos, de los medios y las mediaciones, abundaron los comentarios elogiosos sobre el equipo. Sorprendía, además, en todas las declaraciones de los futbolistas, los técnicos e, incluso, los directi-

4 Véase *El poder del fútbol*, varios autores, Bogotá, Ministerio del Interior-Centro Nacional de Consultoría, 2014 (disponible en la página web de la Dimayor). Y, solo como ejemplo y solo para pensarlo: en los colegios de la élite bogotana, hace unos años, los niños solo tenían como referente a Cristiano Ronaldo y a Messi. Y, obviamente, se desvivían por la camiseta del Real o del Barcelona o del Chelsea que les traían sus papás desde las tiendas de los respectivos equipos en Madrid o Londres. Si venía con número, nombre y firma valían muchos más euros o libras esterlinas. Los niños, socializados en un mundo que no tiene que ver con Bogotá o Colombia, se estaban quedando sin referentes. Pero hablarles de la selección Colombia no difería mucho de hablarles de las Farc, el ELN o las Bacrim. Hoy esos niños piden primero la camiseta de Colombia, de Falcao o James. Parecido a lo de 1985 con el equipo de Marroquín cuando los niños quería ser Higuaita, Tréllez, Castaño o Romeiro Hurtado. Los esfuerzos de los papás por *deschibchombianizar* a sus hijos habrán fracasado "rotundamente" (véase *El Siguiente Programa*, post mundial de 1998).

5 Es una referencia a los efectos del Gobierno Santos I y II sobre este tema en Colombia. Pero obviamente, para tratarlo en otro lugar.

vos que integran la selección, la existencia de un discurso homogéneo, compartido. De determinada convicción, se podría decir. Al final el asunto era de una simpleza brutal: “triunfamos sobre un gran rival”, “hicimos las cosas bien”, “no fue fácil”, “no hemos ganado nada”, “podemos llegar más lejos”, “el triunfo fue del equipo”, “todos hicimos lo que teníamos que hacer”, “lo que hice se debe al compromiso del grupo”. Un poco más y hubiesen tenido que pagarle regalías a Pambelé: “es mejor ser rico que pobre”, etc. Aún más, en estas épocas en que la religiosidad de los futbolistas y de los deportistas en general se ha vuelto más explícita y abierta, y aun con la presencia de figuras reconocidas por pertenecer activamente a iglesias cristianas, sorprendía el lugar no tan preponderante ni tan destacado de dios en las respuestas. Claro que estaba, pero no como el jugador número doce de quien depende todo lo sucedido en la cancha. Se dieron a conocer videos de motivación que, en la onda de las escuelas de liderazgo moderno y del muy conocido *coaching*, explicaban el importante trabajo del cuerpo técnico. La presencia de jugadores de mucha experiencia (y edad), como Yepes y Mondragón, y las características de disciplina, profesionalismo y, si se puede decir, cierta actitud hacia la vida ordenada en todos los ámbitos, ayudaban a configurar un ambiente tranquilo, de compañía familiar luego de los partidos, de búsqueda de metas conjuntas a partir de una articulada y coordinada acción colectiva. Estos rasgos han sido reconocidos, ensalzados, reiterativamente mencionados por las instancias señaladas al final. En ello, también, se ha considerado el aporte central de Pékerman por su ascendencia sobre el grupo y sobre cada uno de los jugadores que, en las épocas de incertidumbre sobre su continuidad, reiteraron la importancia de que siguiera. De manera obvia y casi patéticamente simple, todos han querido establecer la comparación con la sociedad colombiana y con instancias como las de la política, los partidos, el gobierno. Esto es normal y, en principio, está bien. Pero tales voces que acuden a metáforas rimbombantes y a cierto tono histérico e histórico deberían ayudar, más bien, a procesar en realidad el significado del equipo, del seleccionado, el complejo alcance como símbolo de unidad nacional y generador de un sentido de

pertenencia a, con sus alcances y sus límites, sus potencialidades y posibilidades, y sus también potenciales restricciones.

Como contraejemplo, tres ideas en torno a cosas que también se escucharon: la necesidad de despotricar de Maturana y el Bolillo⁶ supuestamente para ensalzar y engrandecer lo actual; la necesidad de transmitir con alguna reiteración y con carácter tendencioso informaciones en contra de Pékerman y el grupo técnico que lo rodea; la necesidad de volver, a destiempo y con quién sabe qué intereses, sobre temas como la necesidad de un técnico colombiano⁷.

Sin duda, el equipo, el equipo, con los astros alineados, con una convicción a toda prueba, llegó lejos, potenció a sus individualidades y se compenetró con una sociedad ávida de este tipo de referentes. Dos retos a futuro: no perder tal convicción cuando los resultados no se den; no olvidar en la mala lo que nos hizo felices en la buena. Y algunos riesgos obvios: pensar en que el modelo de la selección debe ser aplicado a muy diversas organizaciones, digamos Ecopetrol, el DNP, la Presidencia de la República, la Oficina del Alto Comisionado de Paz, las Fuerzas Militares (las FARC o el ELN no, porque tendrían la posibilidad de ganar). En fin, siempre habrá el riesgo de algún joven (o alguna joven) engreído/a que piensa que acaba de descubrir la fórmula de la felicidad.

Cuarta tesis

La utilización del fútbol: o, más bien, su terca autonomía

El fútbol (y el deporte en general), los sistemas sociales, los Estados, las naciones, los gobiernos,

6 Francisco Maturana y Hernán Darío Gómez, los directores técnicos de la selección a finales de los años ochenta y durante buena parte de los años noventa, responsables de la clasificación, éxitos y fracasos de una estupenda generación de futbolistas que clasificó consecutivamente a tres mundiales.

7 No sobraría mencionar aquí la actitud de uno de los comentaristas de mayor trayectoria: Carlos Antonio Vélez quien, en su afán de protagonismo y de tener una posición distinta, tardó en reconocer las virtudes del equipo, el cuerpo técnico y los jugadores. Como ejemplo, en los resúmenes que hacía de los partidos de la selección Colombia estaba empeñado en demostrar la indisciplina táctica de James Rodríguez y sus continuas desconcentraciones. Creo que basta con releer lo enunciado para explicarlo.

los presidentes y la violencia han tenido nexos e interacciones muy variadas en el tiempo, en un corto tiempo, además⁸. Para el caso colombiano, no podemos olvidar que en plena época del Bogotazo y de inicio de la Violencia el país asistió al inicio del torneo profesional de fútbol y se convirtió en sede de la mejor liga gracias a esa práctica pirata (¿ilegal?, pero legítima) que tomó el dulce nombre de El Dorado. No tengo referencias de Chile 62 y el final del gobierno de Lleras Camargo y el comienzo del gobierno de Guillermo León Valencia (hablamos de 1962), pero habrá que buscarlas. En los años ochenta no podemos olvidar a Belisario inflamado de amor patrio por la selección juvenil de Marroquín (algo copetón en una entrevista en directo con Yamid Amat luego de que la selección juvenil clasificó por primera vez al mundial juvenil de la Unión Soviética en 1985) y luego al presidente Virgilio Barco poniéndose forzosamente la camiseta de Lucho Herrera como ganador de la Vuelta a España, con todo y saco de paño y corbata⁹. De Barco a Gaviria se dio el mundial del 90 y, sin tanto reconocimiento (seguramente por los vínculos innegables), hasta allá fueron y regresaron. Y, por si acaso, no hay que olvidar que Francisco Maturana fue constituyente en el 91, hasta que renunció para seguir dirigiendo al Valladolid de España. Fue el constituyente número 19 de la lista de la AD M-19 y lo reemplazó, con su sombrero campesino, Marcos Chalita, exguerrillero. Ah, y René Higuita tuvo ofertas para lanzarse como candidato a esa misma corporación. Su respuesta resulta oportuna por estas fechas preconstituyentes: “en esta constituyente no, en la próxima”. Aunque a Higuita lo metieron a la cárcel por intermediar un secuestro (igual que lo hizo el padre García Herreros en la compleja entrega de Pablo Escobar), César Gaviria le otorgó a esa selección la Cruz de Boyacá. Y en un cierto sentido, acogió el pedido del Equipo para

8 Razón de más para felicitar las iniciativas de Asciede y lamentar la tardanza generalizada de las ciencias sociales para trabajar estos temas.

9 Hay un cuadro de una famosa pintora colombiana que recrea la situación: Beatriz G Artículo de investigación onzález, “Políptico de Lucho Herrera”. Véase Lepri, *Análisis Político*, No. 7, portada y <http://www.colarte.com/colarte/foto.asp?idfoto=131915>. Paradójicamente, esta misma pintora se opuso radicalmente, hacia 2002, a la exposición sobre el fútbol colombiano en el Museo Nacional que, finalmente, se llevó a cabo entre diciembre de 2011 y febrero de 2012.

liberar a René. Lo liberaron, pero sin chance de ir al Mundial de Estados Unidos.

El fracaso de Colombia en Estados Unidos y el asesinato de Andrés Escobar acompañaron el cierre del gobierno que nos hizo felices con el “revolcón en medio del apagón” (pasaron de moda las maxiruanas), y dio la bienvenida al futuro y el inicio del gobierno de Ernesto Samper que en esa *desalineación* de los astros, con Colombia eliminada y con Andrés muerto, vería la entrega de los narcocassettes, antecedentes del inicio del proceso 8000. A Ernesto Samper le correspondería la última clasificación de esta selección al mundial y la tarea de no permitir que, por ejemplo, los agradecimientos del “Pipa” De Avila a los Rodríguez Orejuela, por entonces ya presos pero manejando el fútbol desde la cárcel de Palmira, se convirtieran en una razón más para que le quitaran la visa y descertificaran al país. Andrés Pastrana recibiría esa herencia ya en caída y, pese a Francia 98, no tendría muchas razones para respaldar inicialmente a un equipo en manos de Luis Augusto García, reconocido por sus manejos turbios, quien llegó luego del desastre de Londrina. De hecho, apenas pudieron le quitaron el equipo para devolvérselo a Maturana y, mientras aseguraban la realización de la Copa América, a la que no vino Argentina por supuestas amenazas, conseguir uno de los pocos “triumfos”¹⁰, del seleccionado nacional. La clasificación al mundial de Corea-Japón no se consiguió y, con todo el país saliendo apenas de la crisis económica, hasta los medios radiales dejaron de ir a ese mundial. Y entonces llegó Álvaro Uribe, quien sabe de fútbol tan poco como de cine o de humor. En esos ocho años no se logró clasificar a ningún mundial. Apenas

10 Es interesante constatar cómo en el hoy rico historial del seleccionado colombiano no hay muchos triunfos que mencionar. Esto hace parte del imaginario de nación que compartimos: no ganamos pero tenemos buenos o excelentes desempeños. Ganamos sin ganar, como en las Guerras Civiles del siglo XIX y en la larga y cruenta violencia que nos acompaña hace más de 50 años. Bueno, y también en la Violencia de los años cincuenta. En otros deportes ya ha cambiado: véanse los Olímpicos de Londres. En fútbol y a nivel internacional, todavía no. Es un tema de fondo que deberíamos proteger de las opiniones del patafísico Gabriel Meluk, director de deportes del principal diario de circulación nacional, *El Tiempo*, y del yuppie posmoderno exdirector de Noticias Caracol, Luis Carlos Vélez.

hubo los gratos desempeños de pre y juveniles entre 2003 y 2006¹¹. Pero si el presidente no sabía de fútbol, su vicepresidente tenía otro talante en estos asuntos. Y emperrado en ello, convenció al asceta Uribe de ir a la inauguración de los Juegos Centroamericanos en Cartagena y de que a Colombia le faltaba ponerse grandes metas (digamos, hacer el Mundial de Fútbol de 2014 o reducir la cifra de homicidios a una tasa de 7 por cien mil habitantes¹²). Y nuestros líderes, prohombres, lo hicieron: el oso mundial, pero quedó el mundial juvenil de 2011 con todos sus buenos legados: los efectos inesperados de la acción... Y la pregunta de siempre: ¿quién utiliza a quién?¹³

Quinta tesis

De paradojas y coincidencias: el poder del fútbol y un plan decenal

Mientras la selección Colombia se clasificaba dramática y contundentemente al mundial de Brasil, en el mundo del fútbol profesional colombiano estaban “pasando cosas”. La idea que seguramente venía desde el gobierno anterior para desarrollar un Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el fútbol tomaba forma¹⁴, convencía ministros del Interior y se concretaba en un proyecto de consultoría que, como ha sido común en el gobierno del presidente Santos, se contrataba tarde, bajo límites temporales absolutamente conminatorios y en condiciones poco deseables. Pero entonces, los favorecidos se pusieron la camiseta y, contra todos los pronósticos

11 Muchos de sus jugadores hoy son la base del combinado nacional.

12 Véase Departamento Nacional de Planeación, 2019: Visión Colombia II Centenario, Bogotá, Presidencia de la República-Planeta-DNP, 2005.

13 La pregunta no es menor: el mundial juvenil de 2011 se le debe en un altísimo porcentaje a la capacidad de lobby del vicepresidente Francisco Santos (2002-2010), un apasionado del fútbol e hincha del Santa Fe de Bogotá. Pero los éxitos y la vitrina le correspondieron a su primo, el presidente Juan Manuel Santos, de quien está profundamente distanciado, política y familiarmente.

14 El énfasis inicial en Seguridad, coincide con el talante de los dos gobiernos de Álvaro Uribe. Pero sin duda, le resulta de la mayor pertinencia a alcaldes, secretarios de gobierno y autoridades de policía que tienen que lidiar con el fútbol semanalmente en sus ciudades.

avanzaron en la construcción de una política pública. Allí está, se llama “Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia en el Fútbol”¹⁵; y allí se plantea una institucionalidad, unas políticas, unas decisiones que no se quedan en la selección, sino que atienden la problemática del fútbol profesional, con particular atención a la violencia y al barrismo social. Y que, en medio de manifestaciones y hechos contradictorios, opta por sacar del fútbol lo mejor como motor de la convivencia, los valores, la integración y hasta la salud pública. Hay una encuesta que recoge y refleja estas circunstancias, y quedó plasmada en un informe que se llama *El poder del fútbol*. Allí los colombianos, de manera interesante, anticipan el profundo significado social de lo sucedido en 2014. Luego de 20 años de frustraciones en el ámbito mundial, hasta estos procesos se sumaban de manera categórica a lo que la sociedad colombiana estaba viviendo con el fútbol.

El *Plan Decenal* y la encuesta recogida en *El Poder del Fútbol* convergían de manera inesperada y propiciatoria para darle la bienvenida al gran momento del fútbol colombiano. Con errores, excesos, torpezas, logros, instancias diferentes a las estrictamente ligadas a la Federación Colombiana de Fútbol y al seleccionado nacional habían descubierto la importancia, la necesidad, la pertinencia y la oportunidad de prestarle atención al tema. En el intríngulis del asunto es viable incluso señalar cómo tres ministros del Interior le prestaron atención al tema: uno para impulsar una ley coercitiva y punitiva que, de tan excesiva, es inaplicable; otro, para mostrar su bonhomía y esa mezcla entre poner sobre el tapete verdaderos asuntos revolucionarios y evitar aquellos que como cartera del interior le competían; y un tercero que, desde su enorme olfato político, alcanzó a vislumbrar potencialidades. Paradójicamente, de paradojas y coincidencias, apenas el cargo llegó al partido de las vanguardias, los derechos y las libertades, al Partido Liberal, el tema parece estar muerto

15 Ministerio del Interior; Policía Nacional; Federación Colombiana de Fútbol; Dimayor; Tiempo de Juego; Colombianitos. “Plan Decenal de Seguridad, Comodidad y Convivencia”, Bogotá, 2014.

(entre Cristo y los devaneos de un partido de nuevo en el poder). No solo no hay interés, sino que en una visión anticuada, excluyente y peyorativa el tema parece haber muerto. No importa que el presidente quiera ser el aguatero de Pékerman. Son incapaces de “leer” ciertas realidades y parece ser un mal de partido: no saben leer.

Sexta tesis

De celebraciones y celebraciones: reconociéndonos en las buenas, con algunos excesos

En el año de 1989, cuando Nacional ganó la Copa Libertadores, se generó una particular celebración producto del hecho de que la final se jugó en Bogotá y vinieron barras, hinchas, personas desde Medellín a Bogotá y tenían que devolverse. Llama la atención que en un entorno tan violento no hubo disturbios ni manifestaciones de rechazo o descontento, ni siquiera de parte de los hinchas de Millonarios, verdaderos damnificados de todo lo sucedido (es un decir). En varias zonas de Bogotá la celebración fue abierta y multitudinaria. En ese mismo año y luego de un entorno cercano al terror, los triunfos de la selección condujeron a una explosión colectiva tras el cero a cero contra Israel que nos clasificó a aquel mundial del 90. La Bogotá de aquellos años, ajena a carnavales, festivales y todavía tímida con su ciclovía de los domingos y su festival iberoamericano que luchaba contra la godarría de la iglesia y el catolicismo, vio cómo había desbordes de alegría, de maizena y de violencia. Entre excesos y desconocimiento de lo sucedido quedó al final un buen sabor. Meses después, con el 1 a 1 con Alemania, las cosas empezaron a tornarse algo turbias: luego del empate dramático que nos clasificó a octavos de final, la celebración tomó rumbos insospechados: en primer lugar, no tomaron en cuenta que todavía se podía llegar más lejos; en segundo lugar, aparecieron excesos no vistos en el ámbito del fútbol: agresiones a personas con piel blanca y cabello rubio, contra autos de ensambladoras alemanas como Mercedes, BMW e, incluso, Volkswagen. No bastaba celebrar, había que destruir.

Vinieron años sin grandes triunfos y, de pronto, el 5 a 0 a Argentina desbordó toda previsión, todo sentimiento. No estábamos acostumbrados a ganar así. Y todos cayeron en excesos: los hinchas que se mataron por centenas en medio de borracheras descomunales, que también vivieron los que no terminaron muertos; los dirigentes que se creyeron que éramos campeones mundiales; los gobernantes que mezclaron sus preferencias con sus indolencias: cruces de boyacás, apagones, alianzas non sanctas vs. Escobar y compañía; y hasta los empresarios que pusieron al seleccionado como principal promotor de la venta de su cerveza. Y luego las derrotas, sucesivas, indolentes. Hasta casi morir de la tristeza¹⁶. Con un pequeño y raro remanso en 2001 con el triunfo manido de la Copa América. Que fue, fue y no fue¹⁷. Pero que no dejó cifras que lamentar y más bien una experiencia temporal y contempladamente grata. Después, habría que decir que, en Bogotá, a falta de triunfos, barras bravas. Pero cuando los dos equipos tradicionales de la ciudad, Santa Fe y Millonarios ganaron títulos entre 2009 y 2012, hubo enormes aprendizajes. Casi ejemplos o ejemplos significativos que vale la pena analizar. Por eso extrañó que, mientras en Brasil el equipo celebraba con el raras-tas, aquí en la capital se imponían sanciones: prohibición de consumo de licor y restricciones de movilidad. Razones había, explicaciones también y, sin duda, una alcaldía con tics autoritarios (de izquierda, pero autoritarios, bien recibidos por la Policía). Pero en el fondo había una gran derrota como sociedad, aupada en una reacción

16 Cabe recordar dos hechos, posiblemente uno de ellos poco conocido y recordado, pero diciente de la situación que se menciona: el primero, la derrota por 9 a 0 contra Brasil en Londrina. Para ser eliminados teníamos que perder 7 a 0 y el equipo había sido la sensación en la fase clasificatoria del torneo preolímpico. El 9 a 0 no sólo liquidó una generación de buenos futbolistas, en términos de competencias internacionales, sino que le costó el cargo al hasta entonces técnico de la selección de mayores, el Profesor. En otro torneo suramericano, en el debut contra uno de los grandes, el seleccionado colombiano anotó un gol legítimo en los primeros diez minutos y mostró una enorme capacidad de ataque. El balón rompió la malla y siguió su rumbo. El árbitro anuló el gol, aduciendo que no había sido, le sacó tarjeta amarilla al anotador y Colombia perdió y tuvo un pésimo desempeño. Los astros andaban desalineados...

17 Como se indicó, no vino Argentina y un pálido Brasil fue eliminado por Honduras. La final con México fue un buen cierre y se celebró. Pero todos sabemos eso, que fue y no fue...

policial que la alcaldía seguía sin ton ni son. Sobre todo porque no coincidía con lo que la selección y su desempeño transmitían. Por ello, la recepción al equipo luego de su eliminación, dos días después de haber endurecido las medidas, fue una gran demostración de la temible equivocación de las autoridades. Millones de personas salieron, celebraron, gozaron, rieron. Y, ¡oh sorpresa!, salvo el ras-tas tas, ¡no pasó nada! Quedó, sin embargo, abierta la pregunta: ¿y si la selección hubiese seguido avanzando? ...

Séptima tesis

Aprendimos a ganar, ¿aprendimos a perder?

Uno quisiera decir que sí. Pero en realidad no lo sabemos. Hay muchos factores que permitirían decir que sí, que aprendimos a ganar. Y, en cambio, no tenemos ni idea sobre la derrota. Aprendimos a ganar porque la celebración de la clasificación al mundial fue medida, fue controlada, estuvo plagada de llamados de atención: ya estamos, falta un poco, hay que corroborarlo. Y el desempeño del equipo reafirmó estos preceptos. Se sufrió con Chile y con Paraguay, pero se sacaron los resultados necesarios y, al final, la campaña fue excelente. Igual sucedió con el sorteo del mundial. El grupo sin duda no era el más difícil. Al lado de lo que tenían que afrontar México, Chile, Uruguay y Costa Rica, lo de Colombia parecía manejable. Sin embargo, en todos los ámbitos primó la prudencia, el respeto, a veces excesivo, sobre los rivales. Los partidos había que jugarlos antes de ganarlos. Allí, seguidores, periodistas, directivos, patrocinadores, el cuerpo técnico y los jugadores parecían coincidir. El estado mental con el que se llegó fue, particularmente, el adecuado. Parecido al del mundial del 90 en que era tan difícil clasificar que lo importante era mostrar un buen desempeño. Distinto al de Estados Unidos 94, cuando la confianza mató al perro. Diferente al de Francia 98 donde sabíamos que era difícil, pero además, íbamos con los restos. La diferencia esta vez fue que solo perdimos el último partido y entonces vimos buenas reacciones, capacidad de procesar la derrota, inteligencia para entender la situación. Y, durante el partido contra Brasil,

mientras estábamos perdiendo, la reacción del equipo corroboró algo que es propio de este equipo y de esta nueva generación: son capaces de remontar un marcador en contra, de no caerse mentalmente, de superar el bache futbolístico o de resultado y poner contra las cuerdas a cualquier rival (por ahora, al menos a Brasil). Y eso fue notorio contra Brasil, pero no tuvieron que vivirlo en los partidos anteriores. Por tanto, la pregunta está abierta. Con una anotación adicional, este equipo comparte con la nueva generación de deportistas colombianos una ruptura con el *ethos* nacional de ganar sin ganar; hay un tema generacional interesante y no estudiado. Y claro, retomando lo del mundial, lo sucedido parece evidente para los jugadores y el cuerpo técnico, pero es totalmente pertinente para los demás participantes y, en particular, para esa hinchada capaz de ensalsar, junto a los medios, a lo que llamamos la selección, pero capaz, también, de construir enemigos públicos. Por ello, la pregunta sigue abierta: ¿seremos capaces, como sociedad, como selección, como equipo, como jugadores, de procesar las hieles de la derrota? O, aun mejor, ¿los sinsabores de no ganar siempre?

Octava tesis

Las colombianadas: de cómo reconocernos entre la vergüenza y el orgullo

No podía ser de otra manera. Aunque, también. Entre las colombianadas más destacadas estuvo la de llenar los estadios de la llamada "mancha amarilla", robándole el nombre a la conocida fanática brasileña. Y, además de llenar los estadios (cosa que se intentó en los Estados Unidos con patéticos resultados), se vieron nuevas prácticas reconocibles aunque no exclusivas: cantar el himno más allá de lo establecido oficialmente (cosa que hicieron todos los latinos). Y celebrar y bailar y mostrar un particular aprecio por pasarla bien. Debe haber muchas anécdotas buenas y malas, presentables e impresentables, adosadas con el hecho de que hasta ver y celebrar los partidos tiene hoy una parafernalia propia en manos de Adidas, Nike u otros patrocinadores del fútbol.

No faltaron, claro, los que se caracterizaron por otras prácticas menos celebrables: excesos con el alcohol, la violencia, la criminalidad de corto alcance. Aunque llegaron noticias sobre excesos, detenidos, deportables, deportados, las cantidades no llegaron a extremos inmanejables. Particular atención se prestó a los comportamientos violentos de lo más destacado de nuestra élite en Brasil: aquellos que jugaron frisbee con los platos de porcelana de un costoso y exclusivo restaurante. Estaban el hijo del presidente, el hijo de un destacadísimo periodista, un famoso actor, exreinas de belleza. Y todo indica que se pelearon como parceros de la comuna, o gamines de la alcantarilla, tracamanes de traquetos. Las élites también copian o inducen comportamientos. Todo por el honor... y la dignidad... y el amor...

Allí, también, comenzó algo a lo que nos estamos acostumbrando: los partidos de preparación de la selección en fechas FIFA dan lugar a estadios llenos de la misma mancha amarilla. Hasta en Eslovenia donde el tema de visas es complicado. Fuimos (somos), tal vez, un parche reconocible entre la alegría y la alergia. También, fue llamativo que el presidente, en pleno desarrollo de las dos vueltas electorales para definir su reelección, tuvo tiempo suficiente para estar y estar. Con los riesgos y con las certezas. Nunca supo, por ejemplo, que su ministro del interior llevó una exposición sobre el *Plan Decenal* que, como era de suponerse, fue un fracaso. Los tiempos coincidían, los hados no. Y el fútbol siempre enseña que esto es fundamental. Con dificultad, pero sin pena, los colombianos se meten en estos entornos y generan. Ya lo hicieron con James y el Madrid. Seguramente les quedará más difícil en Moscú y luego en Qatar. Por ahora se extiende como una plaga deseable-indeseable que acompaña el buen fútbol de la selección. Y, si perdemos, dejarán de acompañar, simplemente, o necesitarán manifestar su decepción y su malestar y ¿seremos noticia de página roja? ¿De qué se vestirá nuestro embajador en España en tales ocasiones? O ¿ya no estará, sintiéndose, como el actual presidente, más londinense o españolete que chibchombiano?

Como puede verse, las colombianadas hacen referencia a aquellos elementos que nos identifican por fuera del país. A los miles y miles de compatriotas que deciden manifestares de alguna manera reconocible. Hay, claro, un capítulo para las colombianadas internas. Pero esas ameritan otro apartado. En términos académicos, lo que aquí se quiere señalar es que hay un conjunto de prácticas que reconocen una identidad de los colombianos en el exterior (como por ejemplo, respetar las señales de tránsito) y otras muy distintas en el interior. Y sobre ellas, en términos de identidad nacional y construcción de un imaginario de nación, decimos mucho y sabemos poco. Una interesante controversia se suscitó hace poco entre intelectuales columnistas de medios de opinión: los puros criollos, como Mauricio García Villegas y William Ospina, frustrados al final por nuestra historia chibchombiana sin grandes mitos fundacionales ni referentes europeizantes de nación; y los criollos criollos, como Eduardo Posada Carbó, desde la punta derecha, y Jorge Orlando Melo, desde el medio centro izquierda, llamando la atención sobre algo obvios: somos lo que somos.

Novena tesis

Una nueva generación: saber ganar es algo más que saber competir

Algo que sorprende en esta selección Colombia es el carácter de sus jugadores. Como siempre, la comparación va hacia atrás para señalar, fácilmente, más defectos que virtudes. Pero este es un ejercicio sencillo que desconoce procesos y contextos, como seguramente lo demostrará de manera suficiente la tesis doctoral de Ingrid Bolívar¹⁸. Lo cierto es que, por razones locales, regionales e internacionales, los futbolistas de hoy y los deportistas de hoy son otra cosa. Pero no tenemos nada distinto a ejemplos únicos para señalar lo que está sucediendo. En el caso de los deportistas colombianos es claro que los de esta generación son diferentes, muy

¹⁸ Ingrid Bolívar, politóloga, maestra en antropología y candidata a doctora, está desarrollando su tesis doctoral sobre fútbol e identidades e imaginarios. Será, sin duda, un referente.

diferentes. Parecen no colombianos. Saben ganar y ganar y ganar y perder, para ganar y ganar. Y el tema no es menor. Si nos vamos a la historia del deporte colombiano, los triunfadores en serio se pueden contar con los dedos de una mano: Cochise Rodríguez, "Kid" Pambelé, "Rocky" Valdés, Alfonso Flórez, Luis Herrera, Nacional, María Isabel Urrutia, Édgar Rentería, Juan Pablo Montoya (y aquí ya hay un exceso). En el caso del fútbol puede uno hablar de Willington Ortiz, el Pibe Valderrama, Freddy Rincón, Faustino Asprilla. Y uno sabe que fueron, pero que en la selección lograron epopeyas que, sin embargo, no son triunfos. Y que individualmente ganaron pero era difícil dejar estela. En cambio, la nueva generación empieza a triunfar en serio y sin remilgos. Miren no más: Nairo y Rigoberto, Mariana Pajón, la Ibargüen, la Rentería, Orlando Duque (en un deporte que es y no es un deporte). De manera un tanto extraña, compiten y ganan y compiten y ganan. A diferencia de sus antecesores no están cerca de ganar, no los traiciona el destino, la suerte, la vida¹⁹. Ganan y pierden y ganan. Pero sobre todo, ganan. Sin misterios, sin trampas, porque es lo que les corresponde. No caben, tampoco, las disculpas. No es lo usual en sus entornos.

Algunos de ellos, en sus entornos, han terminado asociados a comunidades cristianas y, entonces, es dios el que hace todo por ellos. Esto, particularmente en el fútbol, ha tomado mucha fuerza. Empero, la experiencia internacional de varios de ellos parece suficiente para poner las cosas en su lugar. Al menos así parece. Paradójicamente, aun sin ganar del todo y contundentemente, están tan bien posicionados que se pueden lanzar a los más altos desafíos. Tal el caso de James o de Mariana Pajón o de Catherine Ibargüen. Sin más, están en los más altos niveles de competencia y, pese a las colombianadas, son ellos, profesionales y

¹⁹ No sobra recordar a Olga Lucía de Angulo que no ganó en los panamericanos de Cali en 1971 por sobreentrenamiento, o al pesista Romero que llegó con sobrepeso a las Olimpiadas de Múnich en 1972 y no pudo competir, o a la acusación a Martín Emilio "Cochise" Rodríguez por supuesto profesionalismo que le impidió ser el gran ciclista de los Olímpicos de Múnich: colombiano vs. colombiano y a muerte.

personas ubicadas en su lugar. Claro, esta es la visión positiva. Pero ellos, sin el desparpajo de un Pibe o un René, cumplen su función simbólica, mediática, propagandística. Y, sobre todo, en un país que no sabe ganar, ganan. Eso parece suficientemente novedoso. Eso parece toda una revolución en la imagen de la nación y la nacionalidad y el *ethos* del colombiano, claro está, visto positivamente.

Décima tesis

De perder es ganar un poco a ganar no solo moralmente, aunque también

Para quienes hemos sido hinchas del fútbol y seguidores-hinchas de los deportistas colombianos no hay nada más frustrante que la reflexión de personas que queremos (amamos, a veces) sobre nuestros deportistas y nuestro deporte. Mientras nos engolosinamos con los buenos desempeños y los cuasitriunfos de los nuestros, estas personas finiquitan cualquier reflexión con ideas como "jugamos como nunca, perdimos como siempre". Frase que no coincide con lo que acaba de suceder en la cancha o en la pista (no por la conclusión, sino por la premisa), pero que aplica perfectamente para sintetizar lo sucedido. Paradójicamente, el desempeño de nuestra selección nacional no ha salido de los parámetros que dan lugar a estas opiniones. Si se mira bien, esta gran selección no ha ganado nada. De sus integrantes, solo uno estuvo en el equipo que ganó la Copa América. Varios fueron terceros y cuartos en mundiales juveniles y, por ejemplo, James no llegó ni a semifinales con la selección juvenil en el mundial de 2011. Esa selección se quedó en cuartos y de local... En la eliminatoria fueron segundos, asunto muy meritorio que superó el tercer lugar logrado por la selección que clasificó a Francia 98. El primer triunfo fue haber clasificado de primeros en el grupo que les correspondió. Lo cual les permitió enfrentar a Uruguay (sin Luis "el colmillo" Suárez) y enfrentar luego al local, Brasil. Se llegó más lejos que nunca, pero no se ganó. No se ha ganado. Por ello, con todo y sus resquemores, pesan la Copa América de 2001 y los suramericanos juveniles de 1987 y los títulos de 1987, 2005 y

2013 en juvenil y 1993 en prejuvenil²⁰, así como las clasificaciones a los olímpicos de 1968, 1972, 1980 y 1992. En fin, esto para decir que la imagen de superequipo, de superjugadores, de la gran revolución del fútbol mundial es cierta y es falsa. Sobre todo, no tiene referentes concretos en resultados internacionales.

Así las cosas, no somos unos ganadores, acostumbrados a esa sensación, a esos réditos, a esas responsabilidades. Nuestros deportistas individuales, en los Olímpicos, están dando un ejemplo de un cambio. Con la diferencia de que son deportistas que no necesitan del equipo, cuyos triunfos dependen de su capacidad individual. La medalla de oro de Mariana Pajón en Londres, que se sumó a la inesperada de María Isabel Urrutia en Sidney 2000, van en esa línea. Pero muestran un cambio de mentalidad importante, que recogen muy bien los ciclistas y Catherine Ibargüen en atletismo. Hay un tránsito, una transición, individual, colectiva, de ganar sin ganar, de perder es ganar a otra actitud y otra posición y otro desempeño. Con una diferencia de matiz pero fundamental: destruir el perder es ganar o el jugamos como nunca es sencillo, cuestionar hoy a la selección, o a los triunfadores en los Olímpicos resulta menos redituable. Habrá voces y posiciones, que habrá que estudiar y analizar, pero los referentes paulatinamente parecen cambiar. Ahora bien, queda por indagar qué hay detrás de esos cambios en los deportistas y en sus significantes y significados. Hasta aquí se ha dado una versión en últimas positiva del proceso, pero esto está sujeto a miradas críticas y cuestionadoras. Lo importante es no perder especificidades y potencialidades: en la realidad y en el análisis. Y ahí vamos.

Décima primera tesis

La mancha amarilla en gloria inmarcesible, en júbilo inmortal, ras tas, tas

Bogotá, domingo 6 de julio de 2014, a Avenida Eldorado-Parque Simón Bolívar (después): una mancha amarilla ha poseído la ciudad. El

²⁰ http://es.wikipedia.org/wiki/Anexo:Estad%C3%ADsticas_de_la_selecci%C3%B3n_de_f%C3%BAtbol_de_Colombia

motivo, banal: recibir a un seleccionado que acaba de ser derrotado y, por ende, eliminado de la competencia en que estaba participando que se denomina Mundial de Fútbol. El motivo, trascendente: celebrar y demostrar la convicción de que tenemos un gran equipo, se hizo un gran mundial y estamos para grandes cosas. Surgen, para el analista, múltiples preguntas, pero hay una sola realidad que se despliega por cuadras y cuadras, horas y horas y que tiene que ver con el regreso de un equipo triunfador, pero derrotado. Luego de restricciones para el consumo de alcohol y para celebrar públicamente, este domingo no hay nada prohibido. Una mancha amarilla se hace dueña de la calle y, casi, de la pista y del aeropuerto. Afortunadamente, con experiencias previas, se opta por la conducción y la canalización. De hecho, hasta el aterrizaje del avión sigue pautas propias de una gran celebración. Y lo demás, con todo y lo demorado y lo paradójico, es fiesta. Fiesta que culmina en el parque Simón Bolívar (que mejor nombre, solo faltó llamar a la plaza General Santander), donde los principales representantes establecen dos tipos de contacto con el público allí presente: el verbal y el gestual.

En lo verbal hay un reiterado reconocimiento de todos con todos. En lo gestual es la fiesta, el baile. En lo verbal sorprende ver a un emocionado Pékerman que se sale de su contención habitual sobre gestos y sentimientos. En lo ritual también Pékerman intenta bailar, al igual que Mondragón. Y en el baile, chocoano, afrocolombiano, paradójicamente los colombianos se sienten parte de... Allí hay novedad y hay descubrimiento. Es distinto al 90 y al 94, donde los quiebres se aceptaban pero se cuestionaban y eran parte de ciertos personajes que se salían del molde: Asprilla, el Pibe, Rincón, Higuita. Leonel, por ejemplo, era un símbolo de orden y disciplina, más cercano al *ethos* productivo de la antioqueñidad. La fiesta se alarga y la gente quiere más y más, pero se va cansando. Finalmente se retiran a sus vidas cotidianas, satisfechos, henchidos de amor patrio, llenos de una buen sensación y con ganas de bailar y aprender a bailar el ras-tas-tas. Y la selección se va

a Palacio a almorzar con el Gobierno y las élites. Sin embargo, la sintonía pueblo-selección está en su punto. A partir de allí y con un gobierno recién electo todo será posible. TODO.

En las siguientes semanas el parto de la continuidad de Pékerman nos devolverá a la vida real. Y así poco a poco, entraremos en las rutinas. Sin embargo, y a diferencia de la era Maturana, marcada por el "perder es ganar un poco", ahora sabemos que queremos ganar y que hay una mancha amarilla que nos respalda. Con fe y convicción y sin dudas. El único lío no es Uribe, sino por el contrario, que el fútbol es el fútbol.

Conclusiones

Hasta aquí se ha hecho un ejercicio de recuperación de lo sucedido en el Mundial

de Brasil 2014 desde la perspectiva del caso colombiano. Se ha utilizado la formulación de once tesis o planteamientos para la discusión, con el ánimo de propiciar el debate y dejar, por escrito, una memoria distinta a la de los medios en relación con lo sucedido. Una memoria útil para debates académicos y de las ciencias sociales, como los experimentados en el reciente Congreso de Accpol en Cali (a finales de septiembre de 2014). Siempre la crítica y los cuestionamientos llevan a mejores productos. Como es claro, no hay, propiamente, un producto de investigación, sino múltiples sugerencias de investigación que se generan en el día a día de una vivencia profunda de un fenómeno. Y planteamientos y preguntas que quieren entrar en la discusión...